

1º PREMIO

Sara Segovia Esteban

EL EXILIADO

Siempre me he considerado un urbanita. Por azares del destino mi primera respiración tuvo lugar en el medio rural, pero lo que oxigena mi cuerpo y mi mente es el asfalto, el barullo incesante de las avenidas, las luces de neón de las mil y una tiendas que siembran de opciones las aceras por las que transito. ¡La ciudad es mi amante! ¡Mi amiga! ¡Mi compañera! Pero es de corazón amplio y en su seno acoge a centenares de moradores que, como yo, adoran cada centímetro de hormigón y ladrillo que conforma sueños.

Nuestro romance roza lo idílico. Por eso me duele tanto alejarme de ella, estar ausente. La siento distante, pesadosa, vacía y hueca como la cáscara rota que un polluelo ha abandonado sin mirar atrás. Y es que entonces, rozando la cumbre de la felicidad, llegó la Pandemia.

Guerrero exiliado, expulsado a la fuerza, he de refugiarme en el antiguo hogar de mis padres, la casa donde mis antepasados criaron a sus hijos entre paredes de adobe, tejados de pizarra y hierbaluisa y galán de noche en el patio de hormigón.

Allí el asfalto desaparece para dar paso al polvo en suspensión y a la tierra seca de Castilla. Allí el barullo se convierte en canción de grillos y ulular del viento. Allí, al filo del crepúsculo, la luz del sol se divide en una miríada de estrellas que me observan con ojos mudos.

Sobrevivo a la primera noche. La voz de mi reloj ha enmudecido y son los rayos del astro rey quienes me despiertan. Replica su recordatorio un animal estridente que chilla en las cercanías, ser de ultratumba que me hace añorar el silbido del chatarrero, y procuro sustituirlo por una cafetera de latón que coloco en el fuego. Me siento un hombre de las cavernas.

Solo que no debo cazar mi comida. Son los vendedores quienes me la acercan. Martes de carne. Miércoles de mercado. Jueves de pan y pasteles. Los vecinos se arrastran hasta la plaza como caracoles después de la tormenta, y tras las máscaras que ocultan su rostro se cuentan secretos. Quién ha muerto, quién vive, quién compra y quién vende género, quién ha llegado, mira, es el nuevo. Y me acogen, el hijo pródigo, aquel que vistió de traje para vender su alma a la meretriz del progreso: La Ciudad.

No me abrazan, no se puede, pero extienden sus manos nudosas para transmitirme un calor que yo no siento, pues añoro el anonimato de la muchedumbre y el silencio en medio del ruido.

Me refugio en el patio, bebo café y no como carne —aún no es martes—, sino legumbres. Ignoro los números grabados en el papel, erróneos por un inmenso salto temporal, pero completo los espacios en blanco del calendario publicitario de la cocina para listar mis comidas según el nuevo orden rural. Martes, carne. Miércoles, mercado. Jueves, pan y pasteles. Olvido el término batchcooking y vuelvo a la cocina semanal del domingo que hacía mi madre.



Y leo. Leo libros. En papel, como los de antes. De esos que huelen a tinta cuando los abres, o a polvo, como los de la caja roja del desván. Leo hasta que el sol abandona el patio, el galán se abre y yo saco la cena a la luz de una vela que atrae a mis invitados nematóceros a la última fase del festín.

Me imagino aquí, trabajando, y me río. Qué tontería. Con tanta quietud y tanta calma mi concentración aumentaría tanto que en media jornada habría terminado todos mis encargos. ¿Qué haría después? ¿Recorrer la ribera del río? ¿Observar con ojo experto los corderos de Pascual y las gallinas de Clemen para saber qué preferirán al día siguiente: lechuga o zanahorias rojas?

Tendría demasiado tiempo libre. Terminaría solazándome en el porche de la ermita, echando arroz a las palomas y rebatiéndole al cura esa absurda idea suya de que la ciudad es un foco de contagio y perdición. O sacando una silla a la puerta para preguntarle a Tomasa qué pasó con su sobrina al acabar la universidad. Es buena chica. Y Tomasa me hornea pastas. Cuando no me doy cuenta, me llama como a su nieto el abogado y me acaricia el pelo. Me echará de menos si me voy.

Siempre me he considerado un urbanita, un chico de ciudad. Pero mi amante ha perdido la batalla. La Pandemia me ha cambiado. Me ha curado una ceguera que nunca supe que tenía. Me ha entregado una familia. La Ciudad es mi amante, pero en el exilio ha prendido el hogar de mis ancestros y ese fuego nunca duerme.

Como un Ovidio en el Ponto Euxino, moriré aquí, mas no me pesa. He encontrado la Felicidad.

